

# LA EDUCACIÓN INCLUSIVA: UNA MIRADA DESDE LA TRADICIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

¿Cómo concibe la Compañía de Jesús la educación inclusiva hoy?

**José Alberto Mesa S.J.**

Secretario Internacional de Educación  
de la Compañía de Jesús  
Julio 2022

Hoy podríamos decir que los primeros jesuitas, con San Ignacio a la cabeza, querían fundar una educación inclusiva para todos y por ello el afán de que la educación fuera gratuita y el poder económico de las familias no determinara el ingreso. De ahí que los jesuitas solo abrieran colegios que estaban fundados económicamente. Por eso Polanco, secretario de la Compañía de Jesús en tiempos de San Ignacio, explicando las razones por las cuales los jesuitas se dedicaban a la educación argumentaba: ***“Que los pobres, que no tienen con qué pagar los maestros ordinarios, ni menos pedagogos domésticos, aquí hallan gratis lo que son costa mucha apenas podrían [tener] para salir con las letras”*** (En *Pedagogía Ignaciana*, Mesa José (Ed.), Mensajero: Madrid, 2019, p. 108, No. 8).

En este sentido es claro que los primeros jesuitas hicieron desde el comienzo una opción por una educación inclusiva dentro del marco histórico-cultural de la época. Más aún sabemos que los jesuitas se ganaron algunos enemigos por ello, pues muchos sintieron que al ofrecer una educación gratuita de calidad los jesuitas les estaba “robando” sus alumnos y pensiones... Pero claro, los primeros jesuitas, como nosotros, somos hijos de nuestro contexto y aquellas eran otras épocas donde la humanidad no había llegado a la convicción actual en la que concebimos la educación de calidad como derecho de todas las personas. Sin embargo, la educación primera de la Compañía fue en verdad inclusiva desde las posibilidades de su marco histórico. Sabemos muy bien que esta educación de calidad fue ofrecida únicamente a los varones y que, aunque lo económico nunca fue un determinante para ingresar, es indudable que muchos de los que hoy llamamos

marginados o sectores más excluidos no buscaban esta formación pues sólo muy pocos podían llenar los requisitos académicos y culturales para ingresar. Recordemos que los primeros jesuitas decidieron que solo se dedicarían a lo que hoy llamaríamos educación secundaria y universitaria y que resolvieron no trabajar en el campo de lo que hoy llamaríamos educación primaria, por lo que los futuros estudiantes debían, antes de aspirar a un colegio de la Compañía, conseguir tutores o maestros que les enseñaran a leer y escribir. Además, es claro que lo que hoy llamaríamos el campesinado y los más pobres de la sociedad no estaban interesados en una educación que no les ofrecía herramientas para su sustentación diaria.

Los jesuitas adoptaron la filosofía educativa del humanismo y, por ello, concibieron la finalidad de la educación como el preparar hombres para la vida pública al servicio del bien común dentro del marco del servicio divino. En esto adoptaron la agenda progresista del humanismo italiano del siglo XVI y la convicción profunda que el bien de la sociedad sólo se podría lograr con una correcta educación de la juventud. Por eso Pedro de Ribadeneira SJ, un jesuita de aquellos tiempos, escribía al rey Felipe II de España -por encargo de San Ignacio- esas palabras que reflejan la fe humanista profunda en la educación: **“todo el bien de la cristiandad y de todo el mundo, depende de la buena educación de la juventud”**. (*Mon. Paed* 1, p. 475, original en español). O como otro jesuita de la antigua Compañía solía decir: **“Puerilis institutio est renovatio mundi”**, **“la educación de la juventud es la renovación del mundo.”** (Juan de Bonifacio (1538- 1606). Cf. *Mon. Paed.* III, 402, n. 15). Esta frase del P. Bonifacio se convirtió en una de las rúbricas favoritas de la educación de la Compañía e incluso hoy es una manera como los historiadores definen la propuesta educativa inicial de la Compañía de Jesús. Cuando la Compañía fue suprimida en 1773 contaba con una red de colegios de alrededor de 700 instituciones principalmente en Europa, Iberoamérica y algunas otras colonias portuguesas y españolas.

No hay duda que los jesuitas se entusiasmaron con el potencial apostólico de la educación escolar y que crearon un sistema que, dentro de los parámetros de la época, tenía una propuesta inclusiva desconocida hasta ese momento.

El mundo occidental tendría que esperar hasta la revolución francesa con sus ideales de libertad, fraternidad e igualdad, para comenzar a apreciar la importancia de la educación escolar en el progreso de los pueblos e ir caminando hacia una educación obligatoria, primero para todos los ciudadanos y luego de manera progresiva verdaderamente para TODOS y TODAS. En este proceso nos encontramos todavía como humanidad. Primero se fueron incluyendo los ciudadanos libres, luego todos los hombres, luego las mujeres nos enseñaron que ellas compartían la misma dignidad y que también tenían derecho a la educación de calidad. Grandes educadoras como Mary Ward y Sophie Barat, inspiradas en la espiritualidad ignaciana y la educación de la Compañía de Jesús, fundaron sus propios colegios para ofrecer a las mujeres una educación de calidad dentro de la tradición jesuítica (Ver Duminuco, V. *The Jesuit Ratio Studiorum*, Fordham University Press, New York: 2000). Hoy este proceso de inclusión sigue adelante y los grupos marginados, minoritarios y discriminados siguen reclamando su ingreso en un sistema educativo de calidad.

La Compañía ha ido tratando de responder a estos nuevos signos de los tiempos con la convicción que en ellos se revela la voluntad de Dios, quien como siempre llega primero que nosotros. Es verdad, que la restauración de la Compañía en el siglo XIX después de sus 40 años de supresión implicó un giro diferente al inicial. Los jesuitas se vieron en la penosa situación de comenzar de nuevo su obra educativa. Nuevamente llegaban solicitudes de todas partes para abrir colegios, pero el mundo era otro. La revolución francesa había puesto la educación escolar en el corazón de la agenda política y los nacientes estados nacionales querían disfrutar del monopolio educativo. La *Ratio Studiorum*, que había creado un sistema unificado de colegios y universidades, no era ya posible. Pero además los jesuitas se encontraron con una nueva situación que hacía más

difícil conservar los ideales iniciales de inclusión. Ya no era fácil encontrar los donantes de antaño dispuestos a fundar económicamente el colegio para ofrecer educación gratuita; de ahí que los jesuitas se vieran obligados en muchas partes a adoptar un sistema de matrículas y pensiones como única manera de poder sostener los colegios. La situación se hizo aún más difícil pues muchos estados no sólo se negaron a dar financiación, sino que miraron con recelo la educación privada y confesional pues querían el monopolio educativo para garantizar la unidad nacional y acallar cualquier fuente de crítica. Sin embargo, los colegios de jesuitas florecieron nuevamente en medio de un ambiente francamente hostil y con una cierta actitud defensiva que no siempre favoreció la necesaria renovación pedagógica y acomodación cultural a los nuevos tiempos.

Tendríamos que esperar a otro remezón para que las cosas cambiaran significativamente. Este remezón vino en esta ocasión de la misma Iglesia que en el Concilio Vaticano II llamó a la renovación en *fidelidad creativa* al evangelio e inició un movimiento que nos es familiar en sus principales premisas: la justicia hace parte del servicio a la fe, los pobres ocupan un lugar privilegiado en la revelación y por tanto la Iglesia hace una opción preferencial por ellos. El P. Arrupe animó e interpeló a la Compañía a hacer este proceso y cuestionó a los colegios jesuitas que en cierta manera habían perdido su razón de ser, su dimensión apostólica y, aunque habían mantenido su excelencia y prestigio académico, habían quebrantado su posibilidad de ser levadura en la masa de la educación. Arrupe se preguntaba en 1973 en el Congreso de antiguos alumnos de Europa: “¿Os hemos educado para la justicia? ¿Estáis vosotros educados para la justicia?... creo que tenemos que responder los jesuitas con toda humildad que no; que no os hemos educado para la justicia, tal como Dios lo exige de nosotros... tenéis que completar la educación recibida.” (En *La promoción de la justicia y la formación en las asociaciones: hombres para los demás*, 1973, No. 10).

Arrupe exhortó a incorporar la justicia como dimensión fundamental de la experiencia de fe y **formar personas para los demás** como expresión del nuevo humanismo en fidelidad creativa del humanismo renacentista que la Compañía había abrazado en sus comienzos.

Arrupe lideró el proceso de renovación en el cual la educación a los más pobres y marginados se convirtió en prioridad de la Compañía. Es en este contexto que el P. Velaz, dejándose llevar por Dios, comenzó de forma muy modesta el movimiento de Fe y Alegría con la idea de ofrecer educación de calidad a aquellos que no la podrían lograr de otra manera. Hoy la mayoría de los destinatarios de la educación de la Compañía sea directamente por ella ofrecida o en colaboración con otras congregaciones religiosas y laicos es mayoritariamente a los grupos más marginados. Es verdad también que Arrupe siempre defendió que la Compañía educara todas las clases sociales, pero siempre desde una perspectiva de justicia y servicio social.

Es en este proceso de renovación desencadenado por el Vaticano II que la educación de la Compañía se abre a los procesos coeducativos y muchos de nuestros colegios, en el caso de América Latina la mayoría, abren sus puertas para recibir también mujeres y ofrecer una educación a todos los seres humanos dentro de la tradición educativa de la Compañía. Este proceso exigió un repensar los modelos educativos que ofrecíamos y transformarnos hacia una educación más inclusiva, en este caso a una educación inclusiva de género.

El P. Kolvenbach como general de la Compañía continuó este proceso de renovación y reafirmó el compromiso irrevocable de la Compañía de trabajar en el apostolado educativo escolar y de servir a los pobres. El P. Kolvenbach acertadamente añadió la finalidad educativa de la Compañía como educar **hombres y mujeres para los demás y CON los demás** para evitar una lectura individualista de nuestra finalidad educativa y para enfatizar la dimensión comunitaria de nuestro trabajo. El P. Kolvenbach desarrolló además el concepto de calidad educativa para nuestro tiempo: **educar hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión** como manera de entender la educación integral que siempre ha querido ofrecer la Compañía y que nunca puede sentirse satisfecha con una mera excelencia académica si bien la supone (Ver, Kolvenbach, P., *A los participantes del grupo de trabajo sobre Pedagogía ignaciana: Un*

*planteamiento práctico*, Villa Cavalletti, 29 de abril de 1993, en Mesa, J. (Ed.) *Pedagogía Ignaciana*, Mensajero: Madrid, 2019, p. 419, No. 124)

Sin duda que este proceso de renovación ha hecho que los ideales de inclusión de la naciente Compañía se actualicen a los nuevos tiempos y pueda responder a la aspiración de los grupos más pobres y marginados que anhelan una educación de calidad que les es todavía esquiva. En sentido nuestra tradición nos lanza siempre a nuevas fronteras. Como lo expresa el P. General Sosa: “El mejor homenaje que podemos ofrecer a nuestra larga tradición en educación es poder explorar nuevos modelos, modos creativos e imaginativos, para ofrecer nuestra visión espiritual y experiencia educativa a nuestros estudiantes y sus familias.” (Carta de presentación del Documento *Una Tradición Viva*, noviembre 5 de 2019).

El P. Adolfo Nicolás, siendo general de la Compañía, fue enfático en afirmar la necesidad de continuar este proceso de inclusión y de ofrecer educación de calidad a todos y todas y de manera especial a los grupos más marginados de la sociedad. El P. Nicolás nos ha invitado a usar nuestra imaginación y creatividad para encontrar respuestas a los retos de nuestra época. Uno de estos retos es sin duda el reto de la educación inclusiva. Un reto aún más importante cuando muchas veces la escuela laica y pública parecen llevar la delantera y responder con mayor creatividad y agilidad que la educación de la Iglesia. Esto no deja de ser paradójico, dado que el evangelio siempre nos ha invitado a servir a todos y ver en los demás hijos e hijas del mismo Dios y la misma dignidad.

El P. Nicolás afirmó en el Congreso Mundial de Exalumnos celebrado en la ciudad de Medellín, Colombia: “Es así como la Compañía de Jesús ha intensificado su trabajo educativo con los pobres y marginados a lo largo y ancho del mundo brindando una educación de calidad. Redes como Fe y Alegría en América Latina, los centros educativos para Adivasis (indígenas) y Dalits en la India, la educación ofrecida por el Servicio Jesuita a Refugiados y la red de colegios de Cristo Rey y las Nativity Schools en los Estados Unidos,

junto a otros muchos esfuerzos, han dado respuestas creativas al desafío de brindar una **educación de calidad a los más pobres**, tal como se ha ofrecido en nuestros colegios tradicionales. Podemos afirmar que al día de hoy el número de alumnos desfavorecidos que reciben educación de la Compañía supera con creces a aquel de quienes proceden de nuestros colegios más tradicionales". (En Mesa, J. (Ed.) *Pedagogía Ignaciana*, Mensajero: Madrid, 2019, p. 588, No. 38).

Es verdad que la educación inclusiva es una tarea que para llevarse a cabo tiene que tocar las estructuras escolares, el salón de clase y el clima escolar. No se trata sólo de contar con estudiantes diversos sino de ofrecer una educación que se pueda adaptar a esa diversidad y ver en ella la posibilidad de construcción de una sociedad más parecida al reino de Dios que nos propone Jesús en el evangelio. Todos somos conscientes que asumir este reto en serio es un proceso que exige gran lucidez y realismo dejando de lado la ingenuidad de pensar que será algo fácil de realizar. Hace algunos años tuve la oportunidad de visitar brevemente, la que creo es la única escuela jesuítica de educación especial para estudiantes con serias discapacidades. Se encuentra en Dublín y pude ver el amor y la dedicación de sus educadores. Conversamos sobre la conveniencia o no de mantener una escuela semejante cuando en nombre de la inclusión esta escuela podría ser vista como un anacronismo de las épocas de segregación. Sin embargo, me impresionó que la directora, Ide, una mujer joven y muy convencida de su labor apostólica, me dijera que escuelas como estas eran necesarias para atender alumnos con necesidades muy especiales que de lo contrario sufrirían y aumentarían su nivel de marginación. Algunas de sus reflexiones sobre la educación inclusiva fueron:

- Lo importante es crear ambientes donde cada educando pueda lograr el máximo beneficio de su participación escolar.
- Inclusión, en el verdadero sentido de la palabra implica mucho más que una acomodación a los estudiantes con necesidades especiales y debe posibilitar que puedan desarrollar su verdadero potencial y convertirse en miembros respetados y

valorados de la comunidad... esto implica encontrar soluciones creativas y descartar que hay “una manera” de hacer las cosas.

- Hay dos características de la educación jesuítica que encarnan el espíritu y reto de la inclusión: “*cura personalis*” y “encontrar a Dios en todas las cosas”
- Luego, Ide, cita un niño autista japonés Naoki Higashida que escribe: “he aprendido que todo ser humano, con o sin discapacidades, necesita luchar para hacer las cosas lo mejor posible, y al luchar por la felicidad uno llega a ser feliz. Para nosotros, ustedes entenderán, ser autista es normal -por lo tanto nosotros no sabemos qué significa lo que ustedes llaman ‘normal’. Pero desde que nosotros podamos aprender a amarnos a nosotros mismos, no creo que realmente importe si somos normales o autistas.”

Y esto es lo que la educación de la Compañía ha querido siempre hacer: ayudar a las personas a descubrirse como amadas por Dios y llamadas a transformar el mundo. Por eso, como lo señala Ide, la *cura personalis* ha sido siempre importante porque bien sabemos que la educación de calidad que queremos y la inclusión que soñamos no se puede realizar si no hay respeto y cercanía entre el educando y educador. La tarea que tenemos entre manos implica un cariño y un acercamiento al otro que no se puede sino lograr cuando nos aproximamos al educando como a una persona hermana de la misma dignidad.

El reto de la inclusión implica preguntarnos ¿Cómo podemos servir más y mejor dentro de este signo de los tiempos que es la inclusión? Sin duda la inclusión debería también comenzar en casa y deberíamos ver el trabajo en red y en redes como parte de ella. Difícilmente hay una red más inclusiva que la de la Iglesia Católica a todos los niveles: social, cultural, geográfica, étnica y religiosamente... pero no aprovechamos esta red y estas experiencias. Algunas de nuestras redes educativas como Fe y Alegría, FLACSI y AUSJAL llevan años trabajando exitosamente en red, pero todavía hay otros niveles que deben tejerse para que seamos verdaderamente inclusivos: trabajo con otras redes católicas de educación popular (ya se han empezado a hacer algunos esfuerzos en este

sentido), trabajo en red con otras redes regionales, trabajo en red con otras redes de la Iglesia y del mundo, y especialmente con las recientemente creadas redes globales de la Compañía de Jesús: *La Asociación Internacional de Universidades de la Compañía de Jesús en 2018 (IAJU)*; y la *Red Global Jesuita de Colegios (RGJC)* en 2021. Ello nos exige una nueva mirada de mayor inclusión donde los desafíos locales se integran a los desafíos globales que tenemos como humanidad. En este sentido somos conscientes de que nos encontramos en un “cambio de época. Más que antes, somos conscientes de ser una sola comunidad humana, de compartir un mismo planeta y de tener un destino común.” (Sosa, A. *La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado con sus semejantes, con la creación y con Dios*, Rio de Janeiro, 2017, No. 31). La inclusión es para nosotros una exigencia de nuestra experiencia de fe en un Dios que en Jesús ha llamado a todas y todos a la plenitud y tendríamos que ser capaces también de hacerlo en nuestro trabajo con otras redes de educación de la Compañía, de la Iglesia y de la sociedad.

El Padre Nicolás ratificaba hace unos años la importancia que Fe y Alegría “se conciba a sí misma y sea percibida por la sociedad como experta en la opción de educación de los pobres y su promoción social.” (Inauguración del XLIII Congreso de la Federación Internacional de Fe y Alegría, p. 4). Fe y Alegría afirma esto frecuentemente en el documento base del XLIV Congreso Internacional; aún más lo señalan como una fuente de tensión al interior de la educación que quieren brindar: educación inclusiva - opción por los excluidos. Pero es verdad que Fe y Alegría no tiene por qué pensar que tiene que brindar educación a todos sino más bien que, dentro del compromiso eclesial de brindar educación a todos, se han especializado en la educación de calidad en las fronteras de los más pobres, marginados, excluidos y vulnerables de nuestro tiempo: “educación de calidad para todas y todos; interculturalidad especialmente en el mundo indígena; los graves incidentes sociales debidos a movilidad humana forzada de migrantes, desplazados y refugiados por causa de la violencia; educación especial y los

jóvenes en situación de grave riesgo social.” (Nicolás, A. Inauguración del XLIII Congreso de la Federación Internacional de Fe y Alegría, p. 6).

Esta educación en las fronteras de la marginación debe ir acompañada de la mirada universal para que sea realmente inclusiva y no reproduzca los modelos de segregación e integración que la educación inclusiva quiere superar. Una educación donde se pierda el miedo al otro, al diferente y se acepte el llamado a la universalidad tan propio de la visión ignaciana (los primeros jesuitas eran un grupo diverso con una visión común): una perspectiva más amplia que nos permita a todos los seres humanos aprender a trabajar juntos y vernos como hermanos de la gran familia humana. Sin duda que esto implica también para todos nosotros dedicados a la educación la tarea de trabajar juntos para que podamos superar las barreras que durante siglos los seres humanos hemos construido para excluir al costo de sacrificar la fraternidad universal. Tenemos que educar para que los estudiantes puedan ampliar sus fronteras, más allá de su barrio, su familia y su grupo. Como lo afirma el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli Tutti*: “el número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas las naciones de la tierra [...] comparten un destino común (No. 96)... soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (No. 8). Esta visión es la que una educación inclusiva de calidad de la Compañía de Jesús aspira hoy.

Es desde esta óptica que el P. General Sosa ha exhortado a las obras educativas de la Compañía a trabajar por la ciudadanía global

“en la que se enlazan derechos y deberes, más allá de la propia cultura, de los nacionalismos y de los fanatismos políticos, o religiosos, que impiden el reconocimiento de nuestra radical fraternidad... Deberíamos estar en la capacidad de elaborar programas educativos que nos ayuden a pensar y actuar, local y globalmente, sin dicotomías entre ambas dimensiones, que caminen en la línea de la interculturalidad asumiendo como un hecho

enriquecedor la diversidad cultural, social y religiosa de nuestro mundo, sin perder nuestra identidad cristiana e ignaciana.” (Sosa, A. *La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado con sus semejantes, con la creación y con Dios*, Rio de Janeiro, 2017, Nos. 54, 55)

En un documento reciente del Secretariado de Educación de la Compañía se responde a este llamado del P. General y se propone una definición de ciudadanía global desde la perspectiva ignaciana:

“Ciudadanos globales son aquellos que buscan continuamente profundizar su consciencia sobre su lugar y responsabilidad, local y global, en un mundo cada vez más interconectado; aquellos que se solidarizan con otros en la búsqueda de un planeta sostenible y un mundo más humano, como verdaderos compañeros en la misión de reconciliación justicia.” (Ver: <https://www.educatemagis.org/wp-content/uploads/2019/11/Ciudadan%C3%ADa-Global-Un-Verdadero-Compañero-191125.pdf>)

El P. General Sosa explica muy bien las implicaciones de preparar para la ciudadanía global o universal:

“Formar para la ciudadanía universal supone educar en el reconocimiento de la diversidad como dimensión constitutiva de la vida humana plena. Supone experimentar la diversidad cultural como oportunidad de enriquecimiento humano. Queremos formar un ser humano capaz de sentirse miembro de la humanidad porque se ha hecho consciente críticamente de su propia cultura (inculturación), es capaz de reconocer gozosamente la de otros seres humanos (multiculturalidad) y relacionarse con otros, enriqueciéndose de la variedad de la cual su propia cultura forma parte (interculturalidad)” (En *La universidad fuente de vida reconciliada*, Bilbao, 2018, p. 7)

La ciudadanía global presenta hoy un marco importante para seguir profundizando sobre el sentido de una educación inclusiva al estilo ignaciano que debe responder a los múltiples llamados políticos, sociales, de género y culturales para que sea realmente incluyente. Todo ello en tensión creativa con la identidad ignaciana. En el documento educativo oficial más reciente de la Compañía, *Una Tradición Viva* (2019), se comienza

por una reflexión sobre los documentos fundacionales de la educación de la Compañía, luego se hace un análisis de la realidad en algunas de sus dimensiones más importantes para luego terminar con 10 identificadores globales de los colegios jesuitas. Estos identificadores son compromisos que se deben asumir para mantener la tradición viva de nuestra educación. El identificador global No. 6 es “los colegios jesuitas están comprometidos a ser accesibles para todos.” Este identificador se considera una respuesta al desafío que el P. Arrupe formuló en 1980:

“Estamos comprometidos en educar cualquier clase de persona, sin distinción. No puede ser de otra manera, porque el apostolado educativo (como cualquier otro apostolado en la Compañía) lleva la indeleble huella ignaciana de la universalidad... Los Colegios de la Compañía, en cuanto son necesariamente instrumentos para el apostolado –afectados por tanto por la radical gratuidad de nuestros ministerios y nuestra pobreza- el acceso de los alumnos no puede estar condicionado por sus posibilidades económicas. Este es un planteamiento de fondo y un ideal.” (*Una Tradición Viva* No. 215)

Más adelante el documento aclara que dentro del marco de las Preferencias Apostólicas Universales que actualmente orientan a la Compañía necesita buscar la manera de posibilitar el acceso a todas las clases sociales y especialmente “caminar con el pobre y los descartados... comunidades vulnerables, marginadas deben hacerse parte de nuestros colegios para ayudarnos en el camino de la promoción de la justicia social y el cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales que generan injusticia.” (*Una Tradición Viva*, No. 222)

El llamado a la inclusión se halla en tensión creativa con la identidad ignaciana y católica de nuestra educación. El documento *Una Tradición Viva* lo reconoce y por ello el primer identificador global es “ser católicos y ofrecer formación profunda en la fe en diálogo con otras religiones y visiones del mundo”. En el documento se propone el colegio dialógico para responder a esta tensión:

“El colegio-diálogo, es el tipo preferido de colegio católico para nuestro contexto actual, el cual explícitamente elige ser inspirado por las tradiciones cristianas mientras acepta la presencia de otras tradiciones. En este colegio hay una opción preferencial por la tradición cristiana que se

mantiene re-evaluando lo que signifique ser cristiano en la pluralidad de otras opciones. Es este colegio el que promueve la madurez de la propia fe de los estudiantes a través del diálogo, la formación y la interacción. Es éste el modelo de colegio que debe inspirar los colegios jesuitas” (No. 167).

En este sentido el llamado a la inclusión y a acoger la diversidad no significa un renunciar a la propia identidad sino abrir los horizontes en un enriquecedor proceso de transformación. El P. General Sosa lo explica con el concepto de interculturalidad:

“Lo ideal es que cada ser humano, o cada pueblo, sea capaz de sentirse parte de la humanidad haciéndose consciente de su propia cultura (inculturación), sin absolutizarla, críticamente, reconociendo gozosamente la existencia de otros seres humanos poseedores de culturas diversas (multiculturalidad), y estableciendo relaciones parejas con ellos, enriqueciéndose con la variedad de culturas, entre las cuales se encuentra su propia cultura (interculturalidad). La *universalidad* vivida de esta manera puede convertirse en un impulso a la justicia social, la fraternidad y la paz” (Sosa, A. *La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado con sus semejantes, con la creación y con Dios*, Rio de Janeiro, 2017, Nos. 38).

Los primeros jesuitas tenían la convicción que la educación era la construcción de un futuro mundo mejor. El P. Nicolás ratificó esta misma confianza de que “**La educación es la única solución**” contra las múltiples discriminaciones, exclusiones y guerras que afectan a millones de seres humanos.” (*Los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y su Responsabilidad Social: la búsqueda de un mejor futuro para la Humanidad. ¿Qué significa ser creyente hoy?* p. 8).

En este mismo escenario el P. Nicolás afirmaba que “Por esta razón, la Compañía de Jesús está promoviendo entre sus colaboradores, bienhechores y amigos, la constitución de una red internacional por **el derecho de todas las personas a una educación de calidad...** avanzando hacia la **superación de toda exclusión y discriminación** por motivos de género, nación, raza, religión o nivel socioeconómico (*Los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y su Responsabilidad Social: la búsqueda de un mejor futuro para la Humanidad. ¿Qué significa ser creyente hoy?*). El actual P. General, Arturo Sosa, ha ratificado la

importancia de trabajar en la incidencia por una educación de calidad: “Es clave defender, exigir y promover el derecho a una educación de calidad para todas las personas. Les animo a seguir proclamando que no es posible la calidad sin escuelas inclusivas, seguras, escuelas que acojan e integren, escuelas que atiendan la diversidad, innovadoras, contextualizadas y pertinentes...” (Alocución en el 47 Congreso Internacional de Fe y Alegría, en Mesa, J. (Ed.) *Pedagogía Ignaciana*, Mensajero: Madrid, 2019, p. 661, No. 22).”

El Papa Francisco ha convocado un *nuevo pacto educativo global* que busca precisamente una educación de calidad que pueda responder a los retos actuales y llegar a todos y todas, es decir una educación verdaderamente inclusiva donde los jóvenes, las mujeres y los marginados estén en el centro de las preocupaciones. Los provinciales de América Latina se han adherido al pacto y han firmado su compromiso para que este sea una realidad en la región. Este compromiso debe llevar a que nuestras obras educativas también se comprometan con muchos otros en la implementación del derecho a la educación de calidad para todas las personas. Este no es solo un esfuerzo de Iglesia. Recientemente la UNESCO ha propuesto [Un nuevo contrato social para la educación](#) que tiene mucho en común con la propuesta del Papa Francisco y que hace que podamos aunar esfuerzos para que la educación de calidad alcance a todos los seres humanos.

Sin duda el reto de la inclusión implica re-crear, re-inventar la escuela, ser capaces de imaginar y crear una nueva escuela. Nada de esto lo lograremos a menos que lo hagamos en un proceso de discernimiento en el que es Dios el que se revela y nos guía. Solo el discernimiento nos llevará a avanzar en el camino de la renovación y conquistar las fronteras educativas de nuestra época de la misma manera que nuestros antecesores hicieron lo suyo en su propio momento histórico. Por eso creemos que la educación de la Compañía debe proponer modelos educativos inclusivos y de calidad que:

- Vayan más allá del modelo educativo del “ladrillo y mortero”.
- Capaces de construir modelos híbridos donde se integran las TIC.

- Donde integramos las nuevas tendencias educativas.
- Donde vivamos una nueva cultura y valores donde se celebre la diversidad y la inclusión.
- Nos permitan mantenernos en movimiento y renovación.
- Donde el magis se interpreta como búsqueda de la profundidad, superación de la superficialidad y como un mayor servicio y amor.
- Donde las nuevas generaciones puedan construir un futuro esperanzador al encontrar a Dios, caminar con los excluidos y colaborar en el cuidado de la CasaComún.

El P. General Sosa lo expresó claramente:

La renovación es una tarea permanente en el trabajo educativo. Tenemos que ir un paso delante de lo que hoy conocemos e imaginamos. Nuestros modelos educativos deben preparar a los jóvenes para el futuro. No podemos quedarnos en modelos educativos en los que los adultos nos sentimos cómodos. Por ello hay que ir un paso adelante. Tenemos que estar alertas contra el peligro de la inercia institucional que impide el discernimiento y la necesaria renovación” (Sosa, A. *La educación de la Compañía: una pedagogía al servicio de la formación de un ser humano reconciliado con sus semejantes, con la creación y con Dios*, Rio de Janeiro, 2017, No. 43).

En verdad estamos viviendo momentos históricos donde a través de la educación podremos contribuir significativamente a la sociedad nueva que soñamos y para poder acertar necesitamos confiar en Dios y dedicar nuestros mejores esfuerzos a la tarea.

*Nota: Este escrito es una nueva versión de uno anterior preparado para el XLIV Congreso Internacional de Fe y Alegría en Brasil en el 2013.*